

Dios y la geografía

Carlos Martínez Assad

Sin duda, Jerusalén es la ciudad que abarca no sólo el pasado sino también el futuro. Carlos Martínez Assad traza una crónica, al mismo tiempo poética y política, de un lugar cuya dimensión abarca el pluriculturalismo y la multirreligiosidad como aspectos utópicos y civilizatorios necesarios para la cultura contemporánea.

Jerusalem, Jerusalem y sus calles y sus rosas. Me hablaste con embeleso de una de las ciudades más antiguas pero no recuerdo si mencionaste sus rosas y las hay enormes y pequeñas, gruesas de pétalos o apenas con unos cuantos. Su gama de colores va del rojo escarlata al carmesí, del rosa pálido al coral, del amarillo al naranja. Las blancas abundan y están por todas partes; símbolo de la perfección, fueron plantadas allí porque encierran el misterio religioso del monoteísmo judío, cristiano o musulmán; ¿acaso en su diversidad no buscan lo mismo: explicar los diseños del Creador?

La tradición remite al comienzo con Abraham, el profeta errante, adorador del sol en su primera edad, convencido pronto de la existencia de un Ser supremo. Conoció a Faraón quien —sabemos— se prendó de la belleza de su esposa Sara. Cumplió la promesa de llevar a su pueblo a la tierra prometida y engendró a dos hijos: Ismael, cuyos herederos serían los pueblos árabes, e Isaac, quien engendró a Jacob y éste a doce hijos simiente de las tribus de Israel. La tradición bíblica, sin embargo, tiene que confrontarse con la historia social y política de la región del Medio Oriente y explica por qué fue albergue de tanto fundamentalismo.

En Jerusalem la colina más visible fue la del mítico Monte Moria, el elegido por Abraham para sacrificar a su hijo Isaac. Y como al parecer la toponimia es destino, en el 962 antes de nuestra era se levantó allí el tem-

plo para resguardar, en su *Sancta Sanctorum*, el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley que Dios entregó a Moisés en Sinaí, en el transcurso del éxodo de Egipto. La historia ya la conocemos. Para su proyecto Salomón recurrió a la amistad de su padre David con el rey Hiram de Tiro, quien puso a su disposición a los mejores artesanos y orfebres, así como el tesoro máspreciado de la región: los cedros de Líbano. Con ellos cubrieron todas las paredes del templo y con encinos construyeron sus puertas. Dice el *Cantar de los Cantares*: “De maderas del Líbano se ha hecho el rey Salomón su pabellón. Las columnas las ha hecho de plata; el artesonado de oro; los asientos bordados de púrpura y recamados de ébano”.

Fue destruido por Nabucodonosor cuando logró conquistar Jerusalem y condujo a los judíos, debilitados por las pugnas internas, al exilio en Babilonia:

Reconforta Adonai a los enlutados por Sion, y por la destrucción de Jerusalem. Reconforta a la ciudad desolada y enlutada, consueta a la ciudad en ruinas. Sus hijos no están, sus residencias están destruidas, su gloria desaparecida y ella está abandonada por sus pobladores.

También se sabe que algunas partes del templo después fueron restauradas por Herodes, llamado El Grande, para otra vez convertirse en escombros. Con la cristianización de lo que fuera el imperio romano —con

Roma comenzó en Medio Oriente el colonialismo que siglos después siguieron los ingleses—, el lugar fue abandonado y convertido en basurero porque para los cristianos lo más importante era el cercano Santo Sepulcro que alojó a Jesús por unas cuantas horas antes de la ascensión a los cielos.

Las rosas contrastan con la idea de Jerusalem *Ez Zeytouneh*, “la ciudad de los olivos”, como también se le identificó. No hay viajero que haya escapado a la atracción de la mezquita del Domo de la Roca, imagen que en el mundo de las paradojas identifica a la ciudad antigua, con su perfecta forma geométrica siempre en la alineación ideal desde cualquier perspectiva para la mirada deslumbrada por el reflejo de los rayos del sol. Fue la primera construcción de la nueva prédica que nació por esa región del mundo: el islam. ¿Cuántos de sus adeptos viven en Israel?

Se trató de honrar con esa construcción el lugar que, desde los lejanos desiertos árabes, Mahoma eligió para su ascenso al cielo de apenas unos segundos, donde —luego de descubrir el séptimo velo— pudo encontrarse con Dios, quien le reveló el Corán y de cuya presencia pudo gozar acompañado por Adán, Moisés, Abraham, el rey David, Jesús y el arcángel Gabriel; ¿hay una representación más abigarrada de las religiones de la región?

Entre 688 y 691 fue construida esa mezquita, llamada Qubbet as-Sakhra, según un modelo de Abd al Malik, y la maqueta a escala fue de tal perfección que

afortunadamente alguien decidió conservarla. La construcción rodeó el lecho rocoso de su interior identificado con los acontecimientos fundacionales de las dos religiones. Con sus columnas traídas de Bizancio, con los colores de la naturaleza del ocre al amarillo de reluciente mármol, se integraron también elementos cristianos.

Cuando en 1187 Salah Ed Din reconquistó la ciudad —después de que había permanecido bajo el dominio cristiano durante casi un siglo—, hizo retirar la cruz dorada que se había hecho colocar en lo alto de la mezquita y la restituyó por la media luna. Con toneladas de rosas, pues se requieren tres para confeccionar un litro de su esencia concentrada, hizo limpiar con agua perfumada palmo a palmo las impurezas del Monte Moria.

En este espacio circundado por la historia, pese a las fricciones de la imposición del Estado las rosas se adhieren a las bardas que rodean a la ciudad antigua, la más disputada, dándole un aliento de quietud, como si el tiempo se detuviera. Conmovido por el *Kotel* (algún sentido debe tener que al muro occidental le llaman “de los lamentos”), me asombra el santo sepulcro, para hundirme en el vértigo de la religiosidad aprehendida. Entre las rosas surge la historia del centro del mundo por los lugares santos de las tres religiones que alberga. No son necesarias las señales si he crecido entre sus indicaciones. Se llega por la Vía Dolorosa perdida en el Zoco, el mercado rebotante de mercaderías (camisetas con le-



El Domo de la Roca

yendas en hebreo, el domo dorado en acuarelas *naïf* coronadas por caracteres árabes, rosarios cristianos de madera perfumada de rosas...), y de pronto se debe torcer en un estrecho callejón para ingresar por un pasillo oscuro por el que se llega a una breve explanada. Apenas un parpadeo y se está en la antesala de la basílica erigida por Helena, la madre del emperador Constantino, para resguardar el que fuera el efímero Sepulcro de Cristo, como se escribió en los Evangelios. El ingre-

so lleva a la oscuridad contrastante con el intenso sol de mediodía. Dentro, al acostumbrarme a la penumbra, apenas puedo distinguir la afamada pero humilde lápida al ras del piso rodeada, y apenas visible, entre cientos de manos que quieren tocarla.

La construcción presenta varios niveles y estilos, entre ellos los agregados que debieron hacerse en la época de los cruzados. Contrario a lo que podría suponerse, la gente deja escapar sus emociones y grita y se mueve y llora y toma fotografías: ¿podría suceder de nuevo que Jesús apareciera para lanzar a los mercaderes del templo? Los turistas van y vienen en hordas. Sin lograrlo, monjes franciscanos buscan mantener el orden.

Aquí los cristianismos se encuentran: armenios, copios, etíopes, siríacos y griegos ortodoxos, porque el antiguo sultán del imperio otomano concedió a cada una de estas denominaciones el cuidado de una parte de la Basílica del Santo Sepulcro.

Es una experiencia perturbadora no solamente por la espiritualidad sino por el contraste con los otros centros religiosos que, se dice, se instalaron allí por la fuerza de atracción del desierto. La calma de la explanada de las mezquitas permite escuchar los trinos de los pájaros que aprovechan cualquier rendija para refugiarse en la mezquita de Al Aqsa. Las palomas se detienen a posar sobre los escalones hasta que vuelan con el trajinar de los varones que corren descalzos a realizar sus abluciones en la hermosa fuente antigua.

En el muro de los lamentos, ¿y por qué no de las plegarias?, éstas combinan la contrición con los cortejos festivos de grupos que danzan y cantan, acompañados por flautas y tambores que envuelven la convivencia entre adultos y menores que viven el judaísmo, el ritualismo de una boda o de un *bar-mizba*, entre la rigidez de sus estructuras y las opciones personales.

En el centro de la cristiandad el barullo es mayor y ya es mucho decir cuando se clama a Dios frente a ese gran muro, tan sólido como la tradición cultural que resguarda. En Jerusalem, la espiritualidad de las diferentes religiones se vive en espacios de difícil demarcación —¿al igual que la realidad que los envuelve?—, porque conviven con distancias de apenas unos cuantos metros. ¿Cuáles son los límites de la identidad de ser israelí-judío, israelí-musulmán e israelí-cristiano? En Israel parece negociarse todo menos las jurisdicciones religiosas. La ciudad no deja a nadie indiferente. A los más de sesenta años de Israel, ¿cuántas familias viven separadas por ser parte de las culturas que las religiones auspiciaron?, ¿la celebración podría mostrar con orgullo que la convivencia en el mundo que inventó la multirreligiosidad y el multiculturalismo es posible? ¿O en el futuro continuaremos frecuentando la sentencia de Ambrose Bierce, que las guerras son la manera que tiene Dios de enseñarnos geografía? **U**



El Muro de los Lamentos, parte del Templo de Salomón



La explanada de la mezquita en la cima del Monte Moria



La dormición de María